

**LA COMUNICACIÓN COMO DERECHO:
POLÍTICAS ESTATALES, PRÁCTICAS DE SUJETOS Y AMPLIACIONES DEMOCRÁTICAS**

*Daniel David González Almandoz
Universidad Nacional de Cuyo (Argentina)*

I.

Este trabajo forma parte de las actividades realizadas en el marco de la Maestría de Estudios Latinoamericanos y el Doctorado en Ciencias Sociales, ambas carreras alojadas en la Universidad Nacional de Cuyo; y de lo producido por los equipos de investigación que en esa misma Casa de Estudios, y en articulación con experiencias instaladas en la Universidad Nacional de La Plata, desarrollan su tarea enfocados en la relación que existe entre Medios de Comunicación, Democracia y Poder (1).

A modo de introducción, este artículo es un intento inicial por aproximarse a los actuales escenarios comunicacionales que, desde nuestra perspectiva, se caracterizan por una revitalización de la palabra, la diversificación de los relatos en debate, y la consideración de la comunicación como derecho humano y de los pueblos.

Este recorrido, complejo (y a veces contradictorio), es entendido desde nuestra mirada como una instancia, entre las múltiples que existen, en la cual se materializan las amplias transformaciones sociopolíticas en curso en América Latina, en las primeras dos décadas del siglo XXI.

Esta afirmación que ancla lo específicamente comunicacional en una sucesión de acciones de corte progresista/popular es acompañada por diversos investigadores y estudiosos de la región. Al respecto, el brasileño Dênis De Moraes sostiene que “las nuevas acciones comunicacionales se insertan en el contexto de cambios políticos, económicos y socioculturales promovidos por gobiernos elegidos con las banderas de justicia social e inclusión de las masas” (2011:15).

Y en una línea parecida, Susana Sel afirma que estas acciones constituyen claras luchas por cambiar el modelo concentrado de la comunicación en varios países de América Latina, en un escenario en el cual “la confrontación política en tanto expresión de la lucha de clases marca esta etapa en la región. En un contexto de crisis económica, los procesos sociales muestran distintas alianzas de fracciones que se expresan en gobiernos que, aun en sus matices, se diferencian del proyecto neoliberal de los noventa” (en Sel [coord.], 2010: 9).

El entender las particulares transformaciones señaladas antes como parte de procesos sociopolíticos amplios, que emergen con pretensiones emancipatorias, o, por lo menos, rupturistas con lo universalizado como dominante, nos invita también a ensayar ciertos gestos celebratorios respecto de la recuperación y revitalización de miradas críticas; al tiempo que permite considerar lo ocurrente como una ampliación de relaciones democráticas que se establecen en buena parte de nuestra región.

En el recorte específico que construimos como objeto de estudio, esto es la comunicación más allá de lo mediocéntrico (2), el posicionamiento que asumimos implica reconocer algunos supuestos:

1. Entender que la palabra no es algo estático, y que por ello no estuvo considerada siempre con los mismos parámetros.
2. Reconocer que la palabra posee, por sobre todo y de manera inicial, valor y capacidad creativa, y se constituye en vehículo de diversidad, disputa y expresión de los conflictos presentes en una sociedad.
3. Afirmar que la comunicación es al mismo tiempo una práctica colectiva, y un derecho de los sujetos.
4. Asumir que si los nuevos escenarios se relacionan con un retorno de miradas críticas, hubo un antes de predominio de acriticidad y neutralización de la palabra.

Entre sus múltiples y complejas características, el neoliberalismo aparece (3) como una fase de exacerbación instrumental del capitalismo, que articuló un proceso de *fragmentación-concentración* a través de acciones de disgregación de matrices sociales, colectivistas y comunitarias, acompañado de fuertes instancias de individuación y de acumulación de capitales materiales y simbólicos en pocos actores.

Sobre esto, resultan interesantes las palabras de Ricardo Forster cuando señala que “el neoliberalismo fue, entonces, mucho más que un trastocamiento del capitalismo de producción para reemplazarlo por la matriz especulativo-financiera. Su ‘verdad’ hay que ir a buscarla a lo recóndito de los lenguajes hegemónicos, que se constituyeron en los ejes principales de la visión dominante del mundo” (2011:41).

La exacerbación del capitalismo neoliberal, entonces, presentó un énfasis particular en lo comunicacional; que de manera progresiva relegó su condición social colectiva para ser reemplazada por consideraciones utilitarias, tanto al servicio de la maximización de las condiciones de producción, distribución, cambio y consumo; como a la anulación de las posibilidades creativas de la palabra, que al tener la posibilidad de realizar y actualizar construcciones alternativas y alterativas, se constituye en atentatoria contra el relato único.

El vaciamiento de la capacidad creativa de la palabra, que conlleva el abandono de la utopía y del derecho de presentar *otros mundos posibles* que antagonicen o se relacionen de manera litigiosa con *el mundo dominante*, fue el proceso utilizado para la imposición, presentada como inexorable, del relato único marcado por la linealidad del progreso, el fin de la historia y la muerte de las ideologías como estadio final de *desarrollo* de las sociedades.

La dimensión instrumental se entronizó como forma única de la comunicación y se materializó en el complejo de medios dominante, que se constituyó primero en el mediador entre el individuo (cada vez más licuado de su dimensión sujeto) y lo público; para transformarse luego en actor directo de disputas públicas; hasta el punto en que algunos autores van a sostener que “las corporaciones mediáticas —al igual que el resto de los actores dominantes del sistema

capitalista concentrado— pasaron a desempeñar un papel decisivo dentro de los aparatos nacionales e internacionales de gestión pública” (Ego Ducrot [comp.], 2009: 8).

Con esto y para esto, se fue modelando un sistema en el que la comunicación se redujo (tanto en su ejercicio como en la forma de comprenderla) a una versión mediática, que se caracterizó por “la concentración de la propiedad del sistema de medios en torno a pocos y gigantescos grupos que afectan la circulación de contenidos, la centralización geográfica de su producción en torno a las grandes ciudades, la proscripción legal [sobre] la mayoría de la población latinoamericana para acceder a la titularidad de licencias de radio y televisión... y la ausencia de medios públicos” (Becerra, M., en De Moraes, 2011: 12).

Sin embargo, lo que parecía ser una inevitable meta final demostró no ser así. La aparición sistemática de experiencias postneoliberales encarnadas en actores que lograron constituirse en opciones políticas de dirección estatal provocaron una fuerte revisión tanto de lo material como de lo simbólico; y permitieron la recuperación de la dimensión creativa y política de la palabra, y revalorizándola en tanto práctica y derecho; entendiendo que esta era la forma para participar y actuar de manera protagónica en la disputa de aquello que Antonio Gramsci caracterizó como la conducción moral y cultural que da lugar al ejercicio de Hegemonía.

Las transformaciones sociopolíticas del nuevo siglo y los cambios tecnológicos (que incluyen innovaciones técnicas, convergencias de sistemas de información y comunicación, y nuevas rutinas de uso y consumo) vinieron así a modificar un escenario que hasta hace pocos años daba la sensación de ser el estadio único y final, solo actualizable en su propia lógica.

Sobre esto, Martín Becerra indica que “la erosión del contrato de lectura que afecta al sistema de medios y la propuesta de elaboración de nuevos contratos por parte de actores políticos y sociales que no reconocen antecedentes en América Latina, se suceden en el marco de una radical transformación de las rutinas de producción de noticias y entretenimientos” (en De Moraes, 2011: 13).

Las transformaciones políticas, formalizadas en lo que respecta a lo mediático en torno a nuevas legislaciones de carácter inclusivo y al fortalecimiento de los sistemas de medios públicos, el desarrollo de tecnologías que han permitido redes de comunicación alternativos/alterativos a los medios tradicionales, y la apropiación por parte de sujetos organizados de instancias de comunicación ampliada y caracterizada por sus usos sociales, abren una puerta expectante y promisoría para la recuperación de patrones comunicacionales soportados democráticamente.

II.

En *Memorias de la Comunicación*, obra aparecida en pleno apogeo neoliberal, Héctor Schmucler advertía que “estamos viviendo una cultura signada por la declinación de la palabra, devaluada hasta el extremo, y que como consecuencia de esa pobreza ha crecido la desolación en el mundo” (1997: 17).

En este planteo reside un dejo de decepción sostenida en la pérdida de la capacidad creativa de la palabra, escindida y subordinada a la técnica, entendida como dimensión comunicativa

instrumental destinada a la entronización del mercado como matriz única constituyente de las sociedades occidentales contemporáneas y de las relaciones que en ellas se entablan.

Pero el propio Schmucler deja un sesgo esperanzador al señalar que otro camino pudo haber sido posible (1997: 17). Y si pudo haberlo sido, también puede serlo.

Desde nuestra perspectiva, la anulación creativa de la palabra, la dominación o, por lo menos, el predominio de la *tejné* sobre la *poiesis* en la propuesta schmucleriana (1997: 19), establece una suerte de relación dialéctica con el establecimiento de las distintas fases de dominación capitalista, situación agudizada en el neoliberalismo; que condujo a que los distintos campos de disputas y pugnas (entre ellos la comunicación y la política), fueran sometidos a través de un doble mecanismo construido sobre la base de la reducción mercantilista y la anulación tecnocrática (Forster, R. 2011: 54) .

Respecto de esto, Schmucler recupera la propuesta de Marc Le Bot para sostener que “el tejido de las instituciones políticas se deshilacha, soporta graves desgarrones, no asegura más a las comunidades cohesión suficiente. Una nueva economía de poderes y riquezas necesita que los intercambios se operen rápidamente y sean universales. Las instituciones estables de la política a menudo resultan perturbadoras’. La disponibilidad al cambio, a la adecuación, exige que la política se vuelva una operación técnica. Las instituciones que reivindican la permanencia de sus ideales, la justicia de sus postulaciones, aspiran a la continuidad. Viven en la permanente tensión de palabras que sostienen un pasado que reivindican o del que se distancian. El mercado solo se inquieta por el cálculo de beneficios. La política, puesta al servicio del intercambio global, necesita desdibujar sus fidelidades con cualquier recuerdo que la condicione” (2007: 20).

Para ese desdibujar fidelidades, para provocar el olvido y el descarte de relatos constituyentes de miradas del mundo en otras claves, fue necesario el vaciamiento de aquellas instancias, que, como la comunicacional, pudieran actuar como organizadores sociales.

Resulta útil aquí recuperar la propuesta de Guy Debord para observar los alcances disociativos que el vaciamiento de la palabra, que en la presentación de este pensador toma la forma de *espectáculo*, provoca en los procesos de comprensión, construcción y conocimiento del mundo por parte de los sujetos.

En *La sociedad del espectáculo*, Debord señaló: “Allí donde el mundo real se cambia en simples imágenes, las simples imágenes se convierten en seres reales y en las motivaciones eficientes de un comportamiento hipnótico. El espectáculo, como tendencia a hacer ver por diferentes mediaciones especializadas el mundo que ya no es directamente aprehensible, encuentra normalmente en la vista el sentido humano privilegiado que fue en otras épocas el tacto; el sentido más abstracto, y el más mistificable, corresponde a la abstracción generalizada de la sociedad actual. Pero el espectáculo no se identifica con el simple mirar, ni siquiera combinado con el escuchar. Es lo que escapa a la actividad de los hombres, a la reconsideración y la corrección de sus obras. Es lo opuesto al diálogo” (1995:13) (4).

En el campo comunicacional, el proceso de espectacularización sostenido sobre la tarea deconstruccionista de los atributos cohesionantes del diálogo (que en tanto intercambio simbólico

de modos de ver y entender procesos materiales tangibles puede derivar tanto en espacios de acuerdo como de litigio) fue llevado adelante a través de diferentes mecanismos y procedimientos, entre los que destacamos la elaboración de legislaciones que promovieron la concentración y la apropiación de la idea de comunicación en sus expresiones mediáticas comerciales; el establecimiento de sentidos comunes favorables a esas concepciones, generado por “líderes de opinión” de importante penetración en el consumo de masas, y a través de formulaciones e instancias de formación académica superior.

Sobre esto, Ernesto Espeche, quien fue director de la carrera de Comunicación Social en la Universidad Nacional de Cuyo, y, en la actualidad, conduce Radio Nacional Mendoza, sostiene que “los procesos de concentración de la palabra fueron necesarios para el proyecto neoliberal, no su consecuencia fortuita ni su efecto colateral. Eso explica la proliferación en las últimas décadas de una serie de premisas epistémicas que dieron sentido a ese proceso. La academia abandonó el debate en torno al poder, celebró las “ilimitadas capacidades decodificadas del consumo mediático” y, con ello, renunció a toda posibilidad de analizar —develar— el verdadero entramado simbólico que daba sustancia a las políticas más regresivas que recuerda nuestra historia” (2011: 9).

En la segunda mitad del siglo xx, el informe titulado *Un solo Mundo: Voces Múltiples*, más conocido como *Informe Mac Bride*, promovido por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), advertía ya acerca de la existencia de un grave desequilibrio en el flujo mundial de información y comunicaciones; y promovía la necesidad de crear un nuevo orden mundial en torno a estos temas (De Moraes, D., 2011:45).

Pese a esto, a los debates impulsados y a las sugerencias vertidas por este tipo de trabajos y organismos, el proceso de concentración de la palabra, lejos de revertirse acorde a las propuestas del informe, se consolidó de manera sustancial, al punto que en 2005, la publicación de los *Quaderns del Cac*, por parte del Consell de l' Audiovisual de Catalunya, editada en conmemoración de los veinticinco años de aquel informe, señaló: “Algunos enfoques y planteamientos del Informe MacBride mantienen su vigencia a principios del siglo xxi. Han cambiado los ecosistemas de comunicación, su superficie y sus capacidades, pero no han sido substancialmente alteradas las bases de la discriminación en el espacio de lo informativo, lo cultural y lo simbólico. Justamente cuando, en un grado mayor que nunca antes, la dominación económica y la dominación política parecen asentarse en aquella otra dominación construida sobre el acceso desigual a las fuentes del conocimiento” (Tresserras, J. M., 2005: 3).

Acordando en términos generales con esta afirmación, resulta necesario, sin embargo, profundizar en ella respecto de relaciones que en su planteo son presentadas como planos diferentes; y no como consecuencias y profundizaciones de modos de dominación.

La argumentación de Tresserras, aun cuando destaca que perduran prácticas discriminatorias de distintas índole, da pie a cierta diferencia, o por lo menos deja la sensación de ignorar la relación entre el cambio ocurrido en el trayecto de las últimas cinco décadas y la profundización de esas condiciones de discriminación.

En otras palabras, parece presentar como recorridos diferenciados a las transformaciones en los sistemas de comunicación y los procesos de concentración; sin reflexionar, por lo menos de manera explícita y evidente, respecto de cómo estos cambios se relacionan y actúan respecto de las condiciones y formas en las cuales permanecen vigentes diversas prácticas de subordinación, sometimiento y anulación de las diferencias.

Desde nuestra perspectiva, los cambios en los sistemas de comunicación han implicado una formidable e innovadora ampliación de los modos y soportes de producción, circulación y divulgación de información y comunicación; pero en su gran mayoría bajo control de un reducido número de propietarios, generalmente con fuertes vínculos con los sectores dominantes, por lo que la diversificación de ofertas no implica diferenciación en contenidos ni voces, sino, más bien, caracterizaciones y presentaciones diferentes de una única matriz de pensamiento.

Esta posición tiende a confirmarse al observar que en el trayecto final del siglo xx y los inicios del xxi, “el marco de concentración prospera en medio de la convergencia de sistemas digitales de producción, transmisión y recepción... [Y] se acentúa la plusvalía en infotelecomunicaciones con el uso de un mismo producto en diferentes plataformas y soportes tecnológicos” (De Moraes, 2011: 33).

Este dato se vuelve más rotundo cuando al desagregarse, como lo hace el investigador brasileño, permite observar que esa convergencia permitió que en América Latina cuatro empresas de medios y entretenimientos, Clarín en la Argentina, Globo en Brasil, Televisa en México y Cisneros en Venezuela retengan el sesenta por ciento de la rentabilidad de mercados y audiencias (De Moraes, 2011: 35).

De esta manera, lejos de promover instancias de democratización de la palabra y el tan reclamado nuevo orden comunicacional, lo que ocurrió fue el diseño e implementación de sofisticados dispositivos de propagación diferencial del relato dominante (5).

III.

En la presentación de esta propuesta se sostuvo que la comunicación es una práctica de los sujetos. Como se explicó con posterioridad, esta se fue reduciendo y retrayendo hasta convertirse, si se puede aceptar la denominación, en una *disciplina* instrumental, ejecutada por *expertos* y *profesionales* (por lo tanto, ya no realizada por todas y todos), y hegemonizada en su ejercicio y legitimidad por el sistema mediático dominante.

Es cierto también que, como ocurre en todo escenario de disputa de poder, perduraron algunas instancias de resistencia, por lo general restringidas a espacios como los comunitarios y los alternativos, aunque sin definiciones del todo claras respecto de hasta dónde estos espacios se constituían en alterativos, o por el contrario, solo derivaban en modos distintos de replicar lo dominante.

Considerando esa condición de ejercicio colectivo, la modificación del estado de situación descrito en los apartados anteriores exigía que fueran prácticas de sujetos, prácticas políticas,

las que realizaran un cambio que, de por sí sólo y sin zamarrear los cimientos del modelo que lo soportaba, no ocurriría.

Si, como se sostuvo, la reducción instrumental de la palabra y la comunicación fue tanto condición primigenia como motor de consolidación del neoliberalismo, la crisis y posterior eclosión de ese modelo fue simiente para la (re)emergencia de perspectivas reivindicativas de las posibilidades integradoras de la palabra.

Esto dio lugar a la posibilidad de aparición de los nuevos escenarios propuestos al inicio del trabajo, esto es la revitalización de la palabra y de su condición y capacidad creativa; y la diversificación de los relatos en debate; apariciones posibilitadas por el hecho de la toma de protagonismo de líneas de pensamiento que entienden y promueven que, lejos de ser una actividad mercantil industrialista, la comunicación es inicial, primigenia e indisolublemente un derecho humano individual y colectivo, es decir, de los sujetos y de los pueblos.

Por supuesto que estos procesos que presentamos como escenarios individuales son distinguibles y desglosables como momentos particulares solo a ciertos fines de análisis, pero conforman un fenómeno complejo e integral que en el escenario *de lo real* los contiene en simultáneo e implicados de manera mutua.

La penetración del neoliberalismo fue de tal contundencia que no es exagerado afirmar que de las distintas fases del capitalismo, fue la que con mayor profundidad se ancló y logró el objetivo de ser un sistema constituyente de la más amplia variedad de relaciones humanas, interpersonales, sociales y cotidianas; configurando un particular, con pretensiones de universalidad, modo de entender y constituir todos los órdenes de la vida individual y colectiva.

En parte esto explica por qué su agotamiento derivó en una fenomenal crisis social, económica y cultural, imposible de superar en su propia lógica; y, por lo menos de acuerdo con lo que marca el curso de los acontecimientos acaecidos en la primera década del siglo XXI, con grandes dificultades para reinventarse como sistema dominante, por lo menos en aquellos Estados que se presentan con prácticas de rupturas.

Pese a esto, la salida del escenario de hegemonía neoliberal aún no se encuentra consolidada; y las alternativas se materializan en experiencias y modos muy variados, que, por economía y comodidad, englobamos como postneoliberales, y asumen formas, políticas e intensidades diversas que no siguen un patrón único, pero se caracterizan por ser “resultado de movilizaciones populares en contra de la degradación de la vida social durante décadas de hegemonía neoliberal” (De Moraes, 2011: 15).

En este amplio espectro se pueden incluir experiencias como las de Venezuela, Ecuador, Bolivia y la Argentina; y esbozos importantes en Brasil y Uruguay.

Así como la penetración neoliberal fue integral; los alcances de las transformaciones postneoliberales se dieron en distintos órdenes; entendiendo que la sola revisión y modificación de materialidades resultaban insuficientes, tanto para aquellos que buscaban dar respuestas a los reclamos como para quienes entendieron que se presentaba la posibilidad de avanzar en proyectos de reformas profundas de carácter popular.

Este es uno de los recortes en los cuales puede observarse con gran claridad la recuperación de la palabra y, en consiguiente, el quiebre del pensamiento único.

La profundidad del fracaso neoliberal señalado trascendió lo material y dio pie a la aparición de alternativas que se constituyeron, desde los discursos y desde los encuentros, en alternativas de vida distinta: frente al modelo mercantilista en crisis, aparecieron entonces acciones que ganaron en nuevas significaciones, que resignificaron en diversidad a la presunta y comprobada como falaz linealidad de las relaciones sociales.

Así, el lenguaje le dio forma significativa a otras alternativas, como la posibilidad de un mercado de base obrera, con la irrupción de la idea y denominación de recuperación de fábricas, o la semantización de una economía de base social; permitió repensar lo bárbaro y lo civilizado en América Latina, dando un nuevo sentido a las experiencias populares de la historia regional; y dio pie a estructurar propuestas comunicacionales mediáticas y sociales/comunitarias que asumen lenguajes anclados en las constituciones identitarias de los sujetos locales y vinculan, tomando distancia de la mediación exógena, lo dicho con la voz de la experiencia propia.

Justamente, las alternativas que da la palabra implica la diversidad de los relatos. A diferencia del modelo neoliberal, en el que el recorrido era único y casi predeterminado, la salida de él y la construcción de alternativas es diversa y responde a cosmovisiones diferentes que toman forma en distintas estructuraciones discursivas: el postneoliberalismo, el Capitalismo Andino, el Bolivarismo y Socialismo del siglo XXI, lo Nacional y Popular, la Revolución Ciudadana, lo comunitario, y demás propuestas que, en general, anclan en una recuperación de memorias emancipatorias diversas que se reinterpretan de nuevos modos, e implican que estas alternativas no sea únicas e incluso presenten momentos de quiebre y litigio entre ellas, y a su vez se retroalimenten forma simultánea (6).

En otras palabras, las transformaciones en las materialidades eclosionadas con el quiebre neoliberal dieron lugar a la estructuración de nuevas ideas; pero a su vez estas nuevas ideas y formas discursivas son las que permiten sostener y consolidar en el plano cultural los cambios materiales. A su vez, las nuevas voces no constituyen un antagonismo dicotómico único frente a lo neoliberal, sino que en su confrontación con ese estadio capitalista asumen a su vez modos distintos que confrontan en el plano de lo popular dándole mayor soporte a las posibilidades de múltiples voces y por ende diversos modos de conocer y aprehender el mundo.

La recuperación de matrices colectivas, la vuelta de la forma sujeto, y el retorno a entender y pensar lo público como instancia de debate sin mediaciones mediáticas se posicionan como claves para darle solidez y continuidad a los cambios; dándole carnadura al teorema propuesto por Alcira Argumedo, respecto de que “la influencia de los medios de comunicación será inversamente proporcional al grado de articulación del tejido social” (Ego Ducrot, 2009: 48).

Entre los múltiples aspectos en los cuales se está conformando el proceso de transformación, desde lo que nos interesa como enfoque específico de trabajo destacamos dos construcciones centrales: por un lado, un modo específico de estatalidad, en el cual se combinan instancias

tributarias de experiencias integradoras anteriores con miradas noveles, y que instituye una nueva matriz de relación entre Estado y Sociedad. Por otro, la decisión de grupos sociales de organizarse colectivamente como sujetos de la cosa pública y que actúan como soporte de ese Estado, pero también se apropian de los cambios más allá de él y, por lo mismo, dan su impulso autónomo, a las distintas formas que ellos asumen.

Estas novedades toman vida en la variedad de actores presentes, en las características de las articulaciones dadas entre ellos, y en la decisión de avanzar fuertemente en las instancias de producción y circulación simbólica; revisando el sistema de medios, situación novedosa “si se consideran las escasas y aisladas voces que alertaron acerca de las negativas consecuencias que podrían tener las profundas transformaciones en las industrias culturales producidas durante la década del noventa... sin que recibieran una respuesta pública considerable” (Mastrini, 2005: 11).

El proceso de revisión mediático-comunicacional se encuentra en el centro de la disputa, y es recién un conjunto de impulsos y medidas que generan importantes expectativas, pero también establecen la imperiosa necesidad de darle formas específicas jurídicas, materiales, epistemológicas y filosóficas que remiten al reclamo y a la convicción de entender la comunicación como un derecho humano y de los pueblos.

En algunos casos, se han dado avances legislativos concretos, como los casos de la ley de Servicios de Comunicación Audiovisual en la Argentina; la revisión de concesiones de señales y licencias de medios en Venezuela; el fortalecimiento de medios públicos a nivel regional; acciones sociales de recuperación de capitales simbólicos, como talleres de comunicación comunitaria y el establecimiento de la noción de medios populares; y la inauguración de nuevas gramáticas de codificación y decodificación inscriptas en tradiciones populares.

Pero los desafíos siguen vigentes y crecientes.

Como afirma De Moraes, “la consolidación de otra comunicación posible en América Latina depende de la reconstrucción del espacio público latinoamericano, después de décadas de sometimiento al neoliberalismo que culminó en un vaciamiento de los poderes del Estado, la privatización desenfrenada y la concentración mediática. Un espacio público que sea inclusivo y participativo, capaz de reunir medios estatales, regionales, educativos, universitarios, legislativos, comunitarios e independientes. Un espacio público cuyos protagonistas en el Estado y en la esfera de la ciudadanía movilicen los instrumentos de la democracia en contra de las apropiaciones simbólicas mediante los valores mercantiles” (2011: 133).

Notas

1) Estas experiencias de investigación inician en 2007, y han tomado forma en los proyectos bienales de la Universidad Nacional de Cuyo 2007-2009 “Los derechos humanos en la prensa argentina desde la perspectiva teórico-metodológica de la intencionalidad editorial”; 2009-2011 “Observatorio de Periodismo y Derechos Humanos”; y 2011-2013 “Observatorio Universitario de Medios de Cuyo. Comunicación, política y poder en Argentina 2011-2013” y forman parte de la Red de Observatorios Universitarios de Medios.

2) Explicitar que nuestra perspectiva se ancla en una consideración más allá de lo mediocéntrico no se constituye en una negación de lo mediático como instancia de importancia (una más) en el campo de la comunicación, ni encierra

un sesgo de estigmatización de lo mediático, sino que busca poner en evidencia que el proceso de sintetización de la comunicación en torno a los medios fue parte de un estrategia política y social, que tuvo expresión académica, para vaciar las complejidades de la disciplina y neutralizar sus alcances de organización colectiva.

3) La presentación en presente se realiza en función de entender que si bien en Latinoamérica ha perdido su condición hegemónica (sobre todo en su influencia en el Estado), y en el mundo está sufriendo crecientes y profundos cuestionamientos, el neoliberalismo no es, aún, una fase concluida, sino que perduran muchas de sus instituciones y postulados.

4) Un dato anecdótico pero que sirve como muestra de cómo las transformaciones en curso implican una revisión profunda del peso de lo mediático ocurrió en los momentos de redacción de este artículo, en mayo de 2013, en la Argentina. Con motivo de los festejos de los 203 años de la revolución de Mayo, entre la gran cantidad de concurrentes a los actos, circuló a través de la red Youtube (<http://www.youtube.com/watch?v=JHsOyerlsRY>) el enojo de un niño por no poder ver, debido a la cantidad de personas reunidas, a la presidenta Cristina Fernández. Lo llamativo es que el niño insiste en ver “a Cristina en la vida real”, y ante la propuesta de verla en televisión, insiste en su postura. Se puede observar aquí un proceso de ruptura con lo señalado por Debord, cuando entendía que las imágenes espectacularizadas derivaban en una sustitución de lo real.

5) Aun cuando es cierto que el desarrollo tecnológico simplificó y dio lugar a la aparición de expresiones, medios y espacios comunicacionales por fuera de los espacios convencionales y dominantes, no puede desconocerse que esas experiencias, en general vinculadas a sectores de resistencia y contraculturales, asumieron facetas alternativas/alterativas cuyo consumo y penetración se redujo a sectores vinculados a esas mismas experiencias, con muy poca incidencia en el debate cultural cotidiano del conjunto de la sociedad.

6) Esto se observa cuando, por ejemplo, las propuestas de los Estados de corte postneoliberal reciben objeciones de espacios que incluso cuando son marcadamente críticos del neoliberalismo y tienen claros componentes populares no acuerdan, por lo menos de manera plena, con la dirección que emana de esos gobiernos.

Bibliografía

- Debord, Guy. *La sociedad del espectáculo*. Santiago de Chile. Ediciones Naufragio. 1995.
- Ego Ducrot, Víctor (comp.). *Sigilo y nocturnidad en las prácticas periodísticas hegemónicas*. Ediciones del Buenos Aires. Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini. 2009.
- Espeche, Ernesto. “Prólogo”. En *Revista Confluencia Comunicación Social* N.º 12. FCPyS. Mendoza. 2011.
- Forster, Ricardo. *El litigio por la Democracia*. Buenos Aires. Planeta. 2011.
- Mastrini, Guillermo y otros. *Mucho ruido, pocas leyes*. Buenos Aires. La Crujía. 2005.
- Moraes, Dênis de. *La Cruzada de los Medios en América Latina. Gobiernos progresistas y políticas de comunicación*. Buenos Aires. Paidós. 2011
- Schmucler, Héctor. *Memorias de la comunicación*. Buenos Aires. Biblos. 1997.
- Sel, Susana (coord.). *Políticas de Comunicación en el Capitalismo Contemporáneo*. Buenos Aires. CLACSO. 2010.
- Tresserras, Joan Manuel. “Presentación”. *Quaderns del CAC*. Barcelona. Consell de l’ Audiovisual de Catalunya. 2005.